

Alberto Chimal
52 años después (o 16)
Ciencia Ergo Sum, vol. 7, núm. 1, marzo, 2000
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401711>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

50 (0 16) AÑOS DESPUÉS (0 16)

ALBERTO CHIMAL*

I

Las profecías de la ciencia ficción no se han cumplido. Por ejemplo, hace un año, en enero de 1999, tendría que haberse lanzado el primer viaje tripulado a Marte, si hacemos caso a las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. El año próximo, la nave Discovery tendría que estar partiendo hacia Júpiter, bajo la guía de HAL, la computadora inteligente y neurótica de *2001* de Kubrick. ¿Dónde están las cuatro bases lunares que la serie televisiva *OVNI* (1967) prometía para 1980? ¿Cuándo empezará la colonización de otros mundos que debe dejar medio vacía la Tierra para 2019, según los hechos de *Blade Runner* de Ridley Scott?

Hay quienes se toman en serio este juego de salón, y usan el argumento de que la ciencia ficción “se equivoca” para denostarla. Probablemente es el tratamiento justo para la obra de innumerables escritores mercenarios, pero hay quienes no lo son y se han dedicado al género: los que han usado las claves y convenciones de la ciencia ficción para crear obras artísticas con algo más de ambición que el pago y el olvido más expeditos. Estos escritores sufren, constante, por tal incompreensión. Una y otra vez, críticos obtusos se burlan de que tales o cuales invenciones no hayan sido como se retrataban en las películas; de que novelas tan importantes como *Ubik* de Philip K. Dick parezcan más ambientadas en su propio tiempo que en el futuro convencional que proponían.

Ningún libro en esta situación, sin embargo, ha sido más injustamente ensalzado

por sus “dotes proféticas”, y luego olvidado, que la que, hasta hace dieciséis años, era considerada una de las obras más importantes e influyentes de la literatura del siglo XX: *1984* de George Orwell. Éste es un buen momento para revisarla: despojada de todo peso ideológico, devuelta a la literatura, en otro siglo y, además, lejos de su cincuentenario, su centenario o cualquier otra fecha arbitraria de celebración.

II

La biografía de George Orwell podía encontrarse fácilmente, la radio y la televisión la ofrecieron más de una vez: Orwell, cuyo verdadero nombre era Eric Arthur Blair, nació en 1903 en Motihari (India), de padres ingleses. Viajó a Inglaterra para estudiar en Eton, pero volvió a Asia para ser policía en Birmania. En 1928 dejó ese trabajo y se dedicó a vagar por Europa; vivió casi en la indigencia en Londres y París, fue militante del POUM durante la Guerra Civil española y, aunque desde el comienzo de este periodo se inclinó cada vez más hacia la izquierda militante (reunida alrededor de los partidos comunistas) poco a poco fue apartándose, como otros intelectuales de su tiempo, del estalinismo más duro y dictatorial. Durante la Segunda Guerra Mundial colaboró en la BBC y en el periódico *Tribune*, donde publicó numerosos artículos que le dieron reputación de disidente, pero no fueron bien comprendidos por casi nadie: la izquierda y la derecha lo rechazaron por igual. Esto, más la desilusión que le inspiraban todos los autoritarismos, le llevó a escribir sus dos novelas más famosas: *Rebelión en la granja* (*Animal farm*, 1945) y *1984*, publicada un año antes de su muerte.

1984, como todas las grandes novelas sobre futuros distópicos¹ (o “universos paralelos”)², privilegia la trama: cuenta la historia de un grupo

* Teléfono y fax: 01(5) 286 0415. Correo electrónico: albertochimal@yahoo.com

Alberto Chimal obtuvo el premio Kalpa 1999 al mejor cuento de ciencia ficción por el trabajo “Se me ha perdido una niña” publicado en la revista *Asimov ciencia ficción* en el número de abril de 1999.

1. La palabra se usa, sobre todo, para designar las obras especulativas en las que se describe no una sociedad perfecta y deseable, como en la *Utopía* de Tomás Moro, sino todo lo contrario. Otros ejemplos célebres son *Un mundo feliz* de Aldous Huxley y *Nosotros*, del ruso Yevgeni Zamiatin a quien Orwell siempre admiró y es un claro precursor de *1984*.
2. Para una discusión más amplia de esto, véase “¿Quién vigila a los vigilantes?”, publicado en *Ciencia ergo sum* Vol. 6 Núm. 1, 1999.

reducido de habitantes en ese mundo, se limita a sus puntos de vista, y a partir de él se refiere a las otras cuestiones que podrían interesar al lector: política, historia, organización social...

El personaje principal, lejos de cualquier centro y posición de poder, es Winston Smith, un burócrata menor, habitante de la ciudad de Londres. Tiene mala salud y una vida miserable, que transcurre en un estado de perpetuo miedo y sospecha: además del peligro constante de ser delatado por cualquiera por la menor desviación de su comportamiento, y acusado de disidencia contra el gobierno totalitario de Oceanía (un Estado que ha absorbido América, Inglaterra y numerosas islas del Pacífico), está, como todos sus compatriotas, constantemente vigilado; *telepantallas*, que reciben y transmiten al mismo tiempo, cancelan cualquier posibilidad de secreto e intimidad. Quienes son descubiertos haciendo, diciendo o incluso pensando algo cuestionable, son *vaporizados* (arrestados y hechos desaparecer). Ignorante, enajenada por las privaciones y la actividad constante y tediosa, la población se desahoga con ejecuciones públicas y ceremonias catárticas, en las que insulta a los enemigos del Partido (el máximo –y único– órgano del Estado) y venera la figura del líder: el Gran Hermano, cuyas facciones se reproducen en carteles que llenan las ciudades.

El Ministerio de la Verdad, donde Winston trabaja, se dedica a la propaganda, las “noticias del frente” (Oceanía mantiene una guerra perpetua, probablemente fingida, contra otros dos superestados: Eurasia y Asia Oriental) y la corrección del pasado: todos los documentos existentes son constantemente revisados para que el Partido no cometa errores ni siquiera de manera retroactiva, y para eliminar no sólo los textos e imágenes ideológicamente cuestionables y las referencias a perso-

nas *vaporizadas*, sino todo recuerdo de que alguna vez existieron. Esta paradoja es la de los otros tres grandes ministerios de Oceanía: el de la Abundancia, dedicado a mantener las carencias de todos excepto los altos miembros del Partido; el de la Paz, dedicado a mantener la guerra, y el del Amor, que en realidad es el aparato represivo y, sobre todo, su brazo más temible: la Policía del Pensamiento, encargada de las torturas y la vaporización de todos los indeseables.

Por medio del *doble pensar*, una suerte de disciplina mental que permite aceptar, sin vacilaciones, cualquier cosa que diga el Partido, Winston y otros miembros de sus capas externas, con acceso a la poca cultura que queda pero no a todos los privilegios, pueden protegerse de pensar demasiado; los proletarios viven en un estado casi de sonambulismo, idiotizados por la necesidad. Se espera que el dominio del Partido sobre los ciudadanos sea, con el tiempo, absolutamente invencible: hay planes para eliminar el inglés y sustituirlo por la *neolengua*, diseñada para volver imposible todo pensamiento heterodoxo.

La acción de la novela comienza con el primer acto de rebeldía de Winston: un día, sin un propósito claro, empieza a llevar un diario, en el que relata sus dudas y cuestiona las mentiras que inventa a diario en su trabajo, así como los hechos de su vida cotidiana: los hijos que delatan a sus padres, la miseria continua, la perorata de algún compañero de trabajo sobre el Ingsoc, o “Socialismo Inglés” (la ideología dominante): “nuestra ortodoxia es la inconciencia”. Poco a poco, el trabajo de ordenar sus pensamientos para la escritura lleva a Winston a cometer cada vez más infracciones, hasta que llama la atención de Julia, una muchacha que ha sobrevivido durante años sin ser descubierta a pesar de ser aún más heterodoxa que Winston, y ser aficionada al sexo por placer (uno de los peores crímenes contra el Partido, que pretende cambiar hasta las pulsiones sexuales por adoración al Gran Hermano).

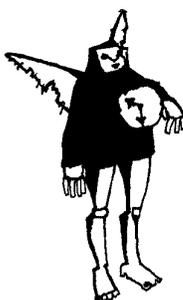
Winston y Julia se hacen amantes; juntos, no sólo consuman relaciones sexuales por placer, sino que se embarcan, clandestinamente, en uno de los pocos lugares que aún quedan más allá de la vigilancia del Partido, y los pocos, poquísimos, núcleos de resistencia: se hacen de una copia de *El Libro*, texto fundamental escrito por un tal Emmanuel Goldstein, superviviente legendario de un pasado sin el Partido...

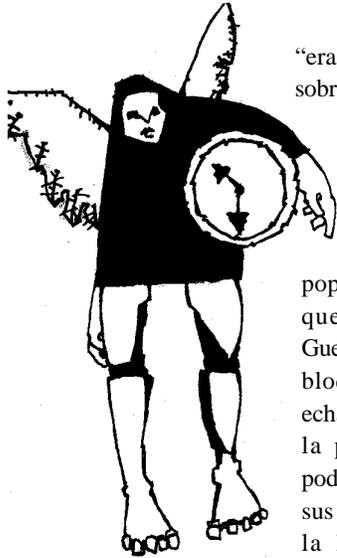
Todo, sin embargo, resulta una elaborada trampa de la Policía del Pensamiento, que captura a Winston y Julia y los somete a terribles torturas. Poco a poco, incapaz de defenderse, Winston cede terreno, pero su “readaptación” sólo termina cuando, enfrentado con un sufrimiento insoportable, renuncia a Julia y traslada su afecto por ella al Gran Hermano.

Quebrantado, Winston es puesto en libertad: se ha “vencido a sí mismo definitivamente”.

1984 fue visto como una denuncia amarga del comunismo, y esto decidió su destino durante el siguiente medio siglo.

Orwell ganó fama póstuma de converso, semejante a la de André Gide, pero la virulencia de su ataque, incrementada por la gran crudeza de la novela, la originalidad de sus planteamientos (los protagonistas de *Rebelión en la granja* son animales, y la acción está contada en clave de fábula; *1984*, desde su título,





“era un augurio”³ y, sobre todo, su lenguaje accesible y sin rebuscamientos,⁴ provocó que se volvieran inmensamente populares. A medida que progresaba la Guerra Fría,⁵ y los dos bloques enfrentados echaban mano de toda la propaganda que podían emplear contra sus enemigos, se creó la leyenda de que Orwell era una suerte

de “visionario de la democracia”, temeroso de la amenaza roja, y hasta un Nostradamus, pues había visto la verdad del socialismo, y el verdadero futuro que prometía, y regresaba “para advertirnos de los peligros” de la antilibertad, la antidecencia, el antiespíritu emprendedor...

Casi de inmediato, la novela comenzó a citarse, también, en toda clase de textos políticos serios. Pero fue consagrada, en cierto sentido, al incorporarse a la cultura popular: términos como *neolengua*, *Ministerio de la Verdad* y *telepantalla*, además de la famosa frase “El Gran Hermano te está observando” y de la atmósfera orwelliana: su visión de un futuro desgastado y casi en ruinas, mantenido en pie sólo por la opresión y la crueldad, se emplearon en libros, canciones, obras de teatro, películas y dos adaptaciones cinematográficas de la propia novela: una de Michael Anderson (1956) y otra de Michael Radford (1984). Las menciones del futuro distópico, y de los mecanismos empleados por el estado totalitario de Orwell, llegaron hasta la televisión matutina, las historietas, la prensa amarilla...

Pero, a fines de 1984, los críticos de la bola de cristal entraron en acción, al ser claro que el mundo de la novela no era, a pesar de todo, el mundo real. A partir de 1985,⁶ el interés por el libro, que llegó a vender

millones de copias en su último año de posibilidades proféticas, disminuyó como el de los horóscopos anuales, los calendarios y los libros de coyuntura política. Para 1991, cuando terminó la Guerra Fría, la URSS desapareció y los teóricos del neoliberalismo proclamaron, eufóricos, el fin de la historia, ya el libro había sido hecho a un lado por los medios de comunicación, y fue efectivamente *vaporizado* del pensamiento contemporáneo.

Yo me atrevo a pedir atención no a las circunstancias de su origen, ya irrepetibles,⁷ ni a su valor previo, sino a sus influencias y a su discurso central, que muy pocos han visto.

III

He escrito que 1984 “era considerada” una de las novelas más influyentes del siglo. La percepción de su importancia ha cambiado, evidentemente, pero ésta permanece: además de que su influencia sigue en la cultura popular, la literatura y el teatro,⁸ su profecía se ha cumplido, por lo menos, en algunos sentidos.

3. Cito, en parte de memoria, artículos publicados hacia 1984 en revistas como *Visión* y *Selecciones del Reader's Digest*.
4. En realidad, Orwell no era un gran escritor: el estilo de la novela es crudo, y la preocupación por el lenguaje, manifiesta en el apéndice sobre la *neolengua*, no está presente en todos los capítulos del libro.
5. El distanciamiento y la creciente hostilidad, nunca manifestada directamente, entre los regímenes capitalistas de occidente, encabezados por los Estados Unidos, y los comunistas, encabezados por la antigua Unión Soviética, después de la derrota de las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón) en la Segunda Guerra Mundial.
6. Probablemente, la última cita mundialmente famosa de la novela fue hecha en 1984, en el famoso comercial (dirigido por Ridley Scott) en el que Apple, entonces una compañía todavía joven, anunciaba su primera computadora Macintosh: el estado totalitario del comercial era (ingenuamente) la IBM, entonces la más importante fabricante de computadoras personales.
7. William Gibson ha señalado que toda obra de ficción especulativa es, en buena medida, también sobre la época en la que se escribe. Se sabe que Orwell se inspiró en las ciudades bombardeadas que vio, los desastres de la guerra que le tocó vivir, para su Londres de 1984, y que la imagen omnipresente del Gran Hermano: “de esos dibujos realizados de tal manera que los ojos le siguen a uno dondequiera que esté”, proviene de la verdadera propaganda política: del culto a la personalidad que se profesaba en casi todas las naciones de su tiempo, y que en el nuestro ha llegado a extremos de obscenidad y estulticia.
8. Mientras escribo esto, se encuentra en cartelera en la ciudad de México una puesta en escena de *La balsa de los muertos*, del dramaturgo alemán Harald Mueller, en la que un sistema represivo semejante al de Orwell gobierna una planeta devastado. El año pasado, el espectáculo *Picnic*, del coreógrafo mexicano Raúl Parrao, basó parte de su guión y sus elementos visuales en 1984.

La última parte del libro contiene este pasaje; es parte de una larga tirada de O'Brien, el torturador, quien describe a Winston los mecanismos por los cuales el Partido tiene poder absoluto:

—Controlamos la materia porque controlamos la mente. La realidad está dentro del cráneo [...]. No hay nada que no podamos conseguir: la invisibilidad, la levitación, absolutamente todo. Si quisiera, podría flotar ahora sobre el suelo como una pompa de jabón. No lo deseo porque el Partido no lo desea [...]. Somos nosotros quienes dictamos las leyes de la naturaleza.

Si este planteamiento podría insertarse en cualquier obra contemporánea sobre el “espacio interior” o la “realidad virtual”, otros podrían pertenecer, con algún maquillaje, al discurso neoliberal, con su énfasis en la imposibilidad de dar bienestar a los individuos “no esenciales”; otros, en la discusión sobre el poder de los medios para falsear la realidad, como se vio en la Guerra del Golfo; otro más, en las denuncias verdaderamente sinceras del deterioro ecológico... Muchos pasajes de *1984* nos parecerán llenos de sadismo, exagerados en su desesperanza:

¿Empiezas a ver qué clase de mundo estamos creando? [...] Un mundo de miedo, de ración y de tormento, un mundo de pisotear y ser pisoteado, un mundo que se hará cada día más despiadado. El progreso de nuestro mundo será la consecución de más dolor. [Nuestra civilización] se funda en el odio. En nuestro mundo no habrá más emociones que el miedo, la rabia, el triunfo y el autorrebajamiento. Todo lo demás lo destruiremos, todo.

Pero, en realidad, el mundo descrito por Orwell está presente en el nuestro de muchas formas. Está la creciente enajenación de los individuos y la atomización de las comunidades en aras del beneficio individual; están los nacionalismos salvajes; está el empobrecimiento del lenguaje hablado y escrito; está el poder enorme de los medios y el aplastamiento de las expectativas individuales... Lo que falta es un poder omnímodo, totalitario en el sentido antiguo del término, que pueda ser visto como responsable de todo.

Además, como especie, la humanidad ha olvidado la discusión sobre la libertad que tanto le había interesado en el siglo pasado. Probablemente, el mayor error de Orwell y otros libertarios de ese tiempo fue creer que sus grandes temas serían igualmente apreciados por siempre. 